

## MARTÍN CHIRINO, EL ESCULTOR DE LOS ALISIOS

ÁNGELES ALEMÁN

Los alisios que acariciaban en su infancia la ciudad de Las Palmas de Gran Canaria, en especial las calles del Puerto y el Parque Santa Catalina, suponen para Martín Chirino un grato recuerdo y una inspiración constante. Nacido en Las Palmas, a orillas del Atlántico, este escultor que ha domeñado el hierro para describir las espirales del viento nunca ha olvidado, es más, reivindica cada día su origen a la orilla del océano.

Hace años me describía las calles y las plazas de Las Palmas que él recordaba refrescadas por los alisios. Y ahora, años más tarde, me encuentro con una realidad totalmente tangible, con la idea de que más que espirales o vientos, tal y como él ha ido titulando a sus esculturas, deberían llamarse alisios. Pues son los alisios, esos vientos frescos y húmedos que vienen del oeste, los que han ido marcando sin duda su trayectoria vital y artística.

De hecho, fueron sus primeros compañeros cuando en la playa de Las Canteras se encontró con un adolescente –tenían la misma edad– que sería después su gran amigo, Manolo Millares. Y fue a la orilla de la playa donde empezó, junto a Manolo Millares y a Manolo Padorno, a vislumbrar la posibilidad de una vida fuera de esta ciudad que entonces era pequeña y provinciana.

Años más tarde, estos jóvenes artistas decidirían emprender una gran aventura, un largo exilio. A bordo del barco Alcántara podemos ver aún gracias a la fotografía, aquellos rostros jóvenes e ilusionados,

dispuestos a soltar las amarras que los sujetaban a su isla natal: Martín Chirino, Manolo Millares, Elvireta Escobio, Manuel Padorno y Alejandro Reino. La fotografía del grupo de artistas en cubierta del Alcántara ha sido publicada en muchas ocasiones, pero no por ello deja de ser conmovedora. A estos jóvenes artistas, inquietos y arriesgados, el silencio del público canario –estamos en los primeros años 50– se les hacía insufrible. Necesitaban acercarse a los grandes centros y a la cultura que empezaba a resurgir de la posguerra.

Así pues, vendieron todo lo que tenían y se arriesgaron a la aventura. Cuando miramos con detenimiento esta fotografía de la cubierta del Alcántara, podemos comprobar que ya Martín Chirino tenía la actitud serena y contenida que siempre le ha caracterizado. Era entonces, además, el que mejor conocía Madrid, pues había estudiado Bellas Artes en la Real Academia de San Fernando. Estos años, los que median entre 1955 y 1959, fueron años duros pero apasionantes, años en los que se produce para Martín Chirino la revelación, el origen de su escultura.

Hay dos o tres años, entre 1955 y 1958, en los que Martín Chirino encuentra trabajo como profesor de inglés. Mientras sus amigos iban abriéndose camino en otras direcciones, él empieza a estudiar a fondo la forja española. Admirador de Julio González, la espiga de hierro castellano a la que se referirá Manolo Millares en su texto, era un claro homenaje



Doña Ángeles Alemán, crítica e historiadora del arte

al maestro. Pero también, y eso es algo que resulta fascinante, al duro trabajo de la forja.

Mientras Manolo Millares y Antonio Saura preparaban el nacimiento del grupo *El Paso*, mientras Padorno regresaba a Canarias para seguir escribiendo sus poemas y Alejandro Reino empezaba a conocer el mundo del diseño de mano de los grandes, Martín Chirino empieza a buscar la manera de ir forjando el espacio. El inicio no podía ser más simple, más duro y más humilde: busca una herrería en Cuenca y empieza a trabajar ahí con los metales de desperdicio. Haber visto, como algunos hemos tenido la fortuna, a Martín Chirino golpeando el hierro candente con el martillo, es lo que explica y desentraña, de manera profunda, la belleza de sus esculturas.

Martín Chirino, cuyo origen familiar lo enlazaba además con el trabajo de los metales –su padre era jefe de astilleros en Blandy & Brothers, su hermano

Agustín realizaba muebles de metal casi artesanales–, había encontrado el camino certero. Acudir a Cuenca en los ratos libres, posiblemente solo algunos fines de semana; pasar ese frío violento que a veces hace caminar sobre el suelo helado, ese contacto que iba iniciándose con la fragua y el trabajo físico y agotador que daba forma al mundo de artista, ese período de dos o tres años que apenas se intuye en el relato de su vida, da idea de hasta qué punto fueron años cruciales para Martín Chirino.

Es en ese momento cuando Chirino –siempre amable pero algo reservado, algo alejado de los vaivenes de *El Paso*– decide abandonar las formas corporales de sus figuras tituladas *Reinas Negras*, inspiradas en aquellos “chimbilicocos”, como sus amigos y él llamaban a las esculturas africanas, por una entidad más austera y cercana a ese espíritu castellano que le iba invadiendo.

Se ha escrito mucho acerca de Martín Chirino y de sus elegantes y arriesgadas esculturas. Pero uno de los primeros textos críticos sobre su obra, escrito precisamente por su amigo Manolo Millares, me parece el punto de partida más adecuado para entender lo que el entonces joven escultor creaba con el hierro forjado:

*Un querer salirse en fuerza vertical, caracteriza a la forja escultórica de Chimo, como un terco afán de dibujarse sin la ayuda del suelo, sólo no sé con qué alas... He aquí un hierro que prepara un salto imposible y que anda siempre entre el logro y el fracaso, porque lo volátil se conjuga aquí con el peso tremendo de la tierra que lo contiene y domina en todo momento como a algo muy suyo.*

*[...] Y está claro que, junto a la elevación radiante de una espiga de hierro castellano, se sumerge, pesada, el ancla atlántica de su nacimiento.*

Este texto, firmado por Sancho Negro, seudónimo de Manolo Millares, apareció publicado en la

revista *Punta Europa* en 1958. Describía bien ya una de las características de la escultura de Martín Chirino: la paradójica ligereza de sus hierros, la destreza con la que el escultor intuía, ya desde sus primeras obras en hierro forjado, cómo podrían alzar el vuelo sus esculturas.

Es entonces, en ese trabajo duro y continuado en la fragua, cuando surge lo que se recibe y entiende como su primera obra madura, espléndida aun en su desnudez, la serie de las *Herramientas poéticas e inútiles*. Con ellas expuestas en el Ateneo de Madrid, bajo el nombre de *Los hierros de Martín Chirino*, se encontraron los artistas de *El Paso*. Admirados por su obra, se acercaron a él para invitarlo a participar en las actividades del grupo. En la revista *Papeles de Son Armadans*, con la que habitualmente colaboraban los artistas y teóricos de *El Paso*, publica Martín Chirino, en 1959, un texto hermoso y esclarecedor titulado “La reja y el arado”:

*Aquí es de donde arranca mi obra. En la tierra inestable que piso, ella es una referencia sólida. Pretendo concebirla en el equilibrio y la serenidad. La sitúo en el paisaje infinito como el árbol o la piedra.*

*[...] En su inspiración está vinculada a unas formas de utillaje necesarias y modestas, que nada tienen que ver con una función decorativa... Se hermana perfectamente con el arado o la reja.*

Martín Chirino había iniciado el espléndido camino de su escultura. El camino sembrado de hierros de toneladas que alzan el vuelo como los *Aeróvoros*, de máscaras de África y Canarias unidas, de la espiral del *Viento de Balos*, de las serenas *Ladies* recostadas.

Un camino en el que la presencia de los alisios es continua, ya que, como él mismo me explicaba hace años, atrapar el aire es el mayor reto de la escultura.

En estos años, Martín Chirino ha trabajado duramente en la fragua, instalado en casa hermosa y austera de San Sebastián de los Reyes. De este taller surgen los vientos, las hermosas espirales que Luis

Diego Cuscoy entroncó con los petroglifos aborígenes del Barranco de Balos que se transforman en esos alisios atrapados en el hierro, posiblemente la identidad de Martín Chirino sobre cualquier otra de sus obras.



Manolo Millares, Martín Chirino y Manuel Padorno

Pero también surgen las efectivas y dramáticas *Crónicas del Siglo XX*; las herramientas de los *Inquisidores*, una de las escasas concesiones que Martín Chirino hace al dramatismo constante de *El Paso*; las elegantes y sensuales *Ladies*, como la hermosa *Lady Tenerife* que reposa en Santa Cruz de Tenerife junto al Colegio de Arquitectos, madre de la más tardía y también bellísima *Lady Harimaguada*, en la entrada de la ciudad de Las Palmas.

Pero en esta sucesión constante de obras, en la permanente obsesión por la belleza y el equilibrio, Martín Chirino no olvida sus orígenes y sus compromisos. En 1976, junto a otros artistas e intelectuales canarios, firma el Manifiesto de El Hierro, una demanda de reconocimiento a la cultura canaria que adquiere por primera vez visibilidad. Y esa preocupación unida a los nuevos tiempos que corren en España tiene reflejo en su obra.

En la Galería Juan Mordó expone por primera vez, también en ese año de 1976, el *Afrocán*, una máscara que indaga en las raíces africanas de la canariedad y que preludia, con más de una década de antelación, el discurso de la tricontinentalidad con el que Martín Chirino iniciaría años más tarde el Centro Atlántico de Arte Moderno.

Martín Chirino expone en Madrid, París, Londres y Nueva York con frecuencia. De su orden ascético, de su vida rigurosamente ordenada, siguen surgiendo obras hermosas, elegantes, sólidas en su ligereza. Pero si alguna de sus obras tiene el poder de sobrecoger por su belleza, son los *Aeróvoros*, los devoradores del aire, que fueron bautizados por Maud Westerdahl.

Los *Aeróvoros* despliegan las alas de las espirales y alcanzan el vuelo. Esculturas de hierro forjado cuyo peso alcanza la tonelada, son pese a su tamaño, que puede alcanzar más de cuatro metros de largo como el *Aeróvoro* propiedad del Cabildo de Gran Canaria, uno de los exponentes más asombrosos de la obra de arte: la ligereza del vuelo se impone a la densidad del hierro forjado y son, sin duda, algunas de las esculturas más emocionantes del siglo XX.

Martín Chirino continúa trabajando en la escultura y, pese a su actividad imparable como gestor, primero dirigiendo el CAAM y después batallando para hacer realidad la Fundación Martín Chirino de Arte y Pensamiento, sigue creando belleza con el hierro.

La *Espiral* que alarga su brazo sobre el edificio del Parlamento de Canarias o el *Pensador* que sirve de imagen a la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria son obras de tal belleza y envergadura que, sin duda, hacen posible realizar una acrobacia sobre la realidad cotidiana.

El sueño del artista, el deseo del joven admirador de Julio González que aprendió en Cuenca el oficio del hierro, se ha hecho realidad con creces. Martín Chirino logra, ha logrado, atrapar con el hierro forjado la belleza de los alisios.

## BIBLIOGRAFÍA

- ALEMÁN, A.: *El espacio forjado. Martín Chirino*, Las Palmas de Gran Canaria, Cabildo Insular de Gran Canaria, 1994.
- *La relación entre la escritura y la pintura en la obra de Manolo Millares*, Madrid, Ediciones de la Universidad Complutense de Madrid, 2001.
- AA.VV.: *Martín Chirino en Tenerife*, Tenerife, Ayuntamiento de San Cristóbal de La Laguna, 1996.